

SOLES Y SOMBRAS

(FRAGMENTOS)

Un punto es un comienzo, una cópula, un cabo, un fin, el lugar hasta el que llega la memoria cuando nosotros ya estábamos aquí. Cabe preguntarse: ¿de dónde?

*

Todo verdadero vivir es un despojamiento. Reconocer en cada momento en qué ficción hemos creído con tanta pasión, al tiempo que observamos el paisaje al que hemos dado el soplo de la vida.

*

Más que caminar, regresamos: hacia adentro. La imagen del lobo dando tres pasos hacia adelante y otros tantos hacia atrás está bien para advertir cómo, en lo aparentemente sensorial, se esconde toda una gramática del conocimiento. Llegamos a tierra colgados de un delfín: lo que vemos y aprendemos lo recordamos con toda la ingenuidad de un descubrimiento. Lo que decimos, sin embargo, agita en su interior la víbora y el conocimiento tardío.

*

Todo allí es nada: y no obstante sentimos una extraña alegría.

*

Alguna vez el recordar fue un volver a alojar lo preexistente, ahora ¿acaso no es un destello que nos fulmina?

*

En este corredor vivimos: blancas paredes sobre las que el ojo espera..., y guarda.

*

La creencia es un salto hacia adelante y un olvido primordial. O una nostalgia y un temor ante la historia. O lo uno y lo otro. Pero si lo miramos bien es sólo una parte esencial del lenguaje: aquella que prolonga la existencia del sueño y de la naturaleza. El soplo primordial. Bien lo sabían los barrocos: somos viento, somos aire. Y los modernos: somos *hijos del aire*.

*

Mejor no dejamos del todo al literato sus letras, al pintor sus cuadros, al filósofo sus reflexiones. Siempre impresiona que Valéry reflexione mejor que Sartre, que Paul Klee sea de nuestros mejores poetas, que Breton muestre miles de imágenes a los pintores...

*

Una piedra recuerda otra piedra, una voz a otra, pero sabemos que alguna vez fueron una sola piedra, una sola voz. Y, también, que alguna vez constituyeron

diferencias infinitas a la espera de un nombre o de un habitante o de un simple animal casi invisible con los que prolongar las unidades y las dispersiones.

*

La tiranía mayor del espíritu es su vocación de conquistista. Las tierras las deja baldías, el espíritu en balde.

*

¿De dónde procede eso que sabemos? Tendríamos que retroceder para comprender que lo que tejemos devasta. También no debíamos ignorar que estas destrucciones sólo habrían de admitirse en el ámbito individual. Más allá se inicia la barbarie del saber.

*

Lo frío se agita en lo caliente, el fuego en el hielo. No es sólo una vieja afición de la poesía o del hermetismo occidentales. Si miras pacientemente un cuadro de Sophie Taeuber, de Ben Nicholson o de Denis Long, adviertes en la forma un punto giratorio, y una pasión. Si piensas en Van Gogh, Munch o Strindberg, podrás advertir el helado viento septentrional.

*

Las pocas verdades son sencillas por su expresión, complejas sólo para el escritor y el filósofo. En cualquier diálogo coloquial y callejero se encuentran, todo el mundo las conoce. A medida que se apartan de ahí necesitan contar con el tiempo, la identidad, la circunstancia. Necesitan ir en busca de su sentido. El único problema es que, quien las manipula, no sólo las hace salir a lo abierto, ex-puestas y frágiles como el caracol fuera de su concha, sino asimismo busca en ellas el sentido propio. Al final se puede pensar que la verdad se ha desnudado por completo y se ha hecho visible ante el espejo, si no fuera porque el escritor en ellas se ha reflejado por un instante.

*

Detenerse a la escucha es, al final, un buen principio. Sólo que la escucha nada tiene que ver con los ejercicios literarios.

*

Lo hermético está a nuestro alrededor: basta mirarlo. Sólo así entendemos que nuestro saber se ha vaciado por completo: ha comprendido.

*

De nada vale que trepemos hasta lo alto, si como sugiere el filósofo (Wittgenstein) y afirma el carpintero-poeta (Antonio Porchia) se olvida la raíz, los pies, el pasado.

*

Deberíamos terminar por escuchar todo ese murmullo que asciende con nosotros y nuestros silencios, con la voz y sus intermedios. Existen infinitas posibilidades de ser sin el deseo de marcar nuestras huellas. Pero ¿qué diablos nos ata a la escritura, a la pintura, al garabato?

*

Los antiguos lo sabían y los modernos lo olvidaron: tan sólo somos intérpretes. Ello bastaría para recobrar el sentido de lo oculto..., lo que a nuestro alrededor se extiende con infinitos nombres. Naturalmente, los zigzag del discurso dejarían de brotar y fluir según el furor del tiempo, de sus arrebatos y de sus calmas, para gozar de cierta eternidad: de cierta paciencia. ¿No es acaso Occidente un viaje hacia este estado donde los ascensos se disipan, y donde “una vertiginosa inmovilidad” en medio de la escala tiene lugar en el tiempo, como una especie de instante de *tremenda* visión, como un descreído *aleph* borgesiano que sin embargo ve, y vemos a su trasluz en el centro de nuestras quimeras? Nosotros que ahora leemos, bajo otra apariencia de quietud, podemos saber que la interpretación no debe ir más allá del simple aprendizaje. Después de cierto punto, como los santos y los artesanos, ya el espíritu y el conocimiento viajan por senderos desconocidos que se descubren a medida que los trazamos cada uno de forma distinta: ¿Es esta indistinción o, lo que es parecido, esta pluralidad de mundos (como los vistos por Giordano Bruno) el final augurado desde antiguo, por el que han corrido toda teleología ciegamente, y todos los conquistadores del futuro? ¿Podemos leer finalmente el *Inferno* de Dante y el de Milton y el de Rimbaud y el de Strindberg, y el *infernó* de la guerra del 14 vista por el escultor Gaudier Brezsa. ¿Y las grandezas de la pasión del deseo, del amante en el amado, la *dama* vista por Man Ray y erguida como un monumento a los pájaros? ¿Podemos delirar finalmente? ¿Soñar, reír, ser, disiparnos, escuchar, tocar, amar, escribir como un gesto más entre este incesante hormigueo de generación en generación?

*

La mancha de la muerte puede ser la vida si se resiste a su discurso huido y sus infinitas máscaras. El tiempo es sólo una de esas *personae*.

*

La interpretación hoy es un dominio, con frecuencia superficial o ingenuo, quizá empecemos ya a advertir que también puede ser escucha. Oír a los vivos y a los muertos, como el poeta, retirado en la paz de estos desiertos.

*

Eso que llega con su enigma, su fulgor o su sangre, la *palabra-sangre-luz*, siempre ha estado a nuestro alrededor, en el pasado y en futuro.

*

A menudo es preferible pasar horas escuchando a un carpintero en su taller (a fin de cuentas llega hasta él la memoria de las *botteghe* antiguas), que a un poeta, un filósofo o un pintor (a fin de cuentas llega hasta ellos la memoria de los antiguos *condottieri*).

*

Hay algo que santifica por encima de todo y que se extiende como un don vivificador e irreverente al modo de una tela de araña bajo la lluvia: la risa. Desconfío de quien no tiene esa risa que une a los que se saben hijos del tiempo.

*

Desde la poesía, la pintura y la filosofía hoy se insiste en la necesidad de soslayar el tremendo y devastador tropel de la trivialización. En efecto, sólo cuando escuchamos (en los intersticios que restan después del paso devastador) la voz de lo hermético en sus múltiples apariciones estamos dispuestos a empezar: a recordar.

*

Muchos de nuestros más admirados poetas y pintores, y nuestros más perspicaces pensadores, estos que ya corren por el interior de nuestras venas..., han construido con frecuencia con el claro deseo de devastar. Pero el tiempo nos coloca ante las trampas de las creencias. Allí donde había el fulgor de la utopía una resistencia hermética e ignorada iba construyendo su tejido. El pez asciende por el río pero a veces sus destellos de plata golpean la luz.

Del libro *A fin de cuentas: Soles y sombras y otros fragmentos*, 1988-1998

POÉTICA

Se me pide una poética. Me repugnan la poética y las poéticas. No tienen nada que ver con lo que hago. Asocio la poética a los que piensan en la historia del futuro (esa quimera), o con los dogmas del pasado. A mí sólo me interesa la vida en cada instante. La vida de un insecto, de una libélula o de una mosca, es infinitamente más larga que la de una palabra. Las únicas palabras vivas son las que pronunciamos. Las otras (la palabra “poética” o las que he pasado a Juan José Delgado, escritas hace años) sólo se puede considerar que zumban un poco. ¡Y ya esto es bastante pretencioso!